

Sobrepasando los sentidos.

Oscuridad y dolor. Debilidad. La lluvia llamaba a los cristales empujada por un viento feroz. De fondo, el incesante tic tac de un reloj rompía el silencio y sobre la mesa, una humeante taza de café era lo que me mantenía despierta. La noche anterior apenas dormí. Mi cabeza se había decidido a darle vueltas una y otra vez a aquel horrible y angustioso episodio de la tarde anterior. Mi mente se había propuesto conseguir que aquella conversación, aquellas palabras, me taladraran los oídos hasta el punto de ahogarme en múltiples pesadillas.

Me sobresaltó el pitido de mi móvil. Un mensaje: "Tenemos que hablar". Suspiré. Nada de aquello me parecía real, me negaba a admitir que la causa de mi estado actual tuviera nombre y apellidos. Me negaba a pensar que aquel mensaje iba a ser el principio del final de una historia que jamás creí que acabaría. Pero la verdad es que desde hace tres semanas la situación no pintaba nada bien. Y lo que ocurrió ayer fue la gota que colmó el vaso.

Un nudo en la garganta me oprimía, y las lágrimas retenidas me quemaban la piel. La angustia se apoderaba de mí por momentos y mi respiración se volvió agitada. Tenía ganas de gritar y romperlo todo. Apreté los puños y cerré los ojos con fuerza. Me sentía débil, destrozada por dentro. Quería salir fuera e intentar que la lluvia se llevara la rabia, que aliviara el dolor. Pero muy lejos de la realidad sabía que eso no iría a ocurrir: La furia y el dolor serían los que primero prendieran fuego a la lluvia...

Luz y color. Entusiasmo. Me moría de ganas por verle, por abrazarle y ver esa sonrisa suya que tanto me gustaba... Estaba feliz y mi corazón latía a una inmensa velocidad. De camino al sitio de siempre. Aquel parque. Aquel banco donde quedamos por primera vez. Le ví a lo lejos: estaba tan guapo... Por unos segundos me quedé embobada mirándole y aceleré el paso. Caminaba deprisa, deseando tenerle cerca. Pero por mucho que avanzaba nunca llegaba, cada vez me iba pareciendo estar más lejos. Me detuve, ¿qué demonios pasaba? Eché a correr, pero mis pies pesaban y mi cuerpo no tenía fuerza. Con preocupación, miré a lo lejos y le busqué con la mirada, quería pedirle ayuda y por eso grité su nombre. Se giró hacia mí y lo que primero era una sonrisa se acabó convirtiendo en una risa jocosa. Yo cada vez me sentía más débil y me iba hundiendo en lo que ahora era un mar de lodo. ¿Por qué no me ayudaba? Volví a gritar su nombre, pero ahora él había centrado su atención en otra persona: otra chica había entrado en escena, y se acercaba a él en actitud cariñosa. Él reaccionó de igual manera y la abrazó por la cintura. No podía creer lo que veía. La angustia creció dentro de mí y las lágrimas se desbordaron por mis mejillas. Susurré su nombre en un intento desesperado de que me oyera y volviera por mí, me sacara de allí y me abrazara con fuerza. Pero lo último que alcancé a ver antes de ahogarme en el barro fueron los labios de ambos, rozándose...

Me desperté de un salto. Las gotas de sudor me empapaban la frente y jadeaba. Me llevé las manos a las mejillas y las sentí húmedas. Había estado llorando en sueños. Me incorporé y miré la hora: las cuatro de la mañana. Aquellas malditas pesadillas me estaban haciendo las noches imposibles. Me abracé por las rodillas y me acuné a mí misma. No quería seguir durmiendo. No quería volver a sumergirme en otra de aquellas pesadillas que iban a acabar consumiéndome, llevándose las pocas energías que me quedaban. Quién iba a creer que la persona a la que más quieres, tu refugio, iba a acabar traicionándote de esa manera. Me levanté y me acerqué a la ventana. Me deprimí aún más. No había parado de llover y las nubes cubrían la luna y las estrellas. Todo tenía un color gris, apagado y sin fuerza, al igual que mi mirada. Intenté mantener mi mente en blanco, pero me fue imposible. Los recuerdos de ayer me abrumaron por completo.

Noviembre, siete de la tarde del día anterior, hacía frío y un viento inquieto alborotaba mi pelo de forma desordenada. Caminaba sin rumbo fijo con las manos en los bolsillos y haciendo crujir las hojas secas que cubrían el suelo de aquel parque. A cada paso que daba, pensaba en él. Una parte de mí se preguntaba

Silencio.
Categoría D.

acerca de su comportamiento durante las últimas semanas: miradas ausentes, sonrisas cómplices hacia la pantalla del móvil, llamadas perdidas, constantes excusas y un montón de “nadas” como respuesta a la pregunta “¿pasa algo?” La otra parte de mí intentaba tranquilizarme y convencerme de que no pasaba nada, que simplemente eran imaginaciones mías el creer en la posibilidad de la existencia de una tercera persona... Levanté la mirada y miré al cielo: avecinaba tormenta. Pero lo que no sabía era hasta qué punto. Las dudas me acuchillaban el corazón y creí que iba a volverme loca. No podía seguir así, necesitaba hablar con él y que me tranquilizara, me dijera que no pasaba nada y me quería. Saqué el móvil del bolsillo y le llamé. Saltó el buzón de voz. Le llamé una segunda vez y nada, apagado. Esto debía ser una maldita broma. Si antes empezaba a preocuparme, ahora ya estaba desquiciada. Me dispuse a llamarle otra vez, pero justo en ese momento... una risa, una voz. Me giré y se me encogió el estómago, no podía creer lo que veía. Un chico no más alto de un metro ochenta, de ojos verdes y una sonrisa de ensueño caminaba de la mano de una chica algo más baja que él, morena, delgada y unos pómulos demasiado marcados para mi gusto, haciéndola reír, hablándola y divirtiéndola, y lo que es peor, besándola.

En ese momento sentí como si me arrancaran el corazón, lo hicieran pedazos y luego quemaran los restos. Me quedé helada, y me temblaba todo el cuerpo, quería huír de allí y salir corriendo, pero apenas podía moverme. Daniel... ¿Qué hacía él allí? ¿Quién era esa chica? ¿Estaba soñando? No, no estaba soñando, aquello que veía era real, muy real.

La desesperación comenzaba a darme sacudidas y la sangre llenó mis mejillas, inyectándome ira y furia en mi carácter. Cuando apenas yacían a cinco metros de mí, él levantó su alegre y emocionada mirada para encontrarse con la triste y traicionada de la mía, provocando que su sonrisa se apagara por completo, y su tez se volviera pálida. Detuvo el paso y se acercó a mí nervioso y decisivo. Su voz sonó aterrorizada.

- Alba, yo...
- ¿Qué demonios pasa, Daniel? – no contestó, se limitó a apartar y esconder su mirada de la mía. - ¿Qué está pasando?! – mi voz se quebró. Sollozaba y apenas podía controlar la respiración. Estaba desquiciada.
- No grites, no hace falta que montes ningún escándalo. – Su voz sonaba ahora con dureza.
- Te he hecho una pregunta – su expresión radiaba seriedad y la tensión era notable. - ¿Por qué me haces esto? – quería una explicación, pero lo único que obtuve fue el silencio, volví a gritar. -¿Es que no vas a decirme nada?!
- ¿Y qué quieres que te diga?! – me gritó, y eso me dolió aún más. Las mejillas me ardían, me había hecho sentir estúpida.
- Nada... - contesté ahora más tranquila, ya había tenido suficiente. – No hace falta que digas nada.

Me di la vuelta y me marché, no podía seguir aguantando aquello, no me lo merecía. Después de todo lo que habíamos pasado, después de todo lo que había hecho por él y me humilla de esta forma. A cada paso sentía el peso de las cenizas de mi corazón esparciéndose y obstruyendo las arterias de la poca dignidad que me quedaba. Me eché a llorar desconsoladamente, y en ese momento, un rayo rasgó el cielo, y las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer. Eché a correr. La tormenta había comenzado.

Abrí los ojos, me mordí el labio y suspiré. Ahora en aquella habitación me sentía estúpida, humillada, rota, y por un momento creí que las paredes se me venían abajo. Era horrible. Observando las gotas de agua caer, me puse a pensar en su dulce sonrisa, y en como ese día denotaba desprecio; en su mirada comprensiva, y como en ese ambiente se volvió distante; en su cálida voz, y como en aquel lugar sonó fría y arrogante; en su preocupación y palabras para tranquilizarme, y como en esa tarde se convirtieron en silencio. ¿Todos sus “te quiero”, eran mentira? ¿Todo su cariño, era un teatro? Sus gestos, sus caricias, ¿eran fingidos? ¿Cuándo empezó a dejar de sentir algo por mí?

Las preguntas me bombardeaban el alma como granadas y la incertidumbre se hinchaba en mi interior como un globo. Deseaba respuestas firmes y claras, y las iba a tener. ¿Quería hablar? Pues él me iba a oír.

Noviembre, once de la mañana. Había parado de llover, pero las nubes aún cubrían el cielo y los restos de la tormenta de los últimos días eran notables. Sentada en el asiento de aquel autobús, mis ojos grises mostraban cansancio y mis pensamientos continuaban enredados en un caos de dudas y dolor. Dicen que cuando te rompen el corazón, el tiempo se detiene, y que por alguna extraña razón sientes crecer un gran agujero negro en el pecho donde antes se encontraba tu corazón que acabará consumiéndote, y cuyas paredes oprimirán tus pulmones hasta quedarte sin aire. Te preguntarás acerca de si hiciste algo mal, pero nunca llegarás a una respuesta clara, porque absolutamente nada es suficiente para ti. Por un momento querrás olvidar el pasado y empezar de cero, pero los recuerdos te nublan el camino y el dolor te envuelve, te araña los sentimientos y despierta la razón. Sabes el qué pasó, pero no explicar cómo pasó. Lo que antes te parecía grande, ahora es demasiado pequeño, porque ya nada es igual. Tus planes y tus metas han cambiado, y tus ojos no saben mirar más allá del sufrimiento. Y sobre todo odias sentirte así, porque a nadie le gusta sentirse rechazado, utilizado, traicionado y olvidado por la persona que aún sigue siendo el centro de tu universo. Nadie quiere estar mal, nunca así de mal.

Y era verdad, en aquellos momentos era como me sentía, y poco se podía hacer para consolarme, o eso creía yo. Esa mañana me había levantado con la valentía de aclarar las cosas y por eso había decidido ir a hablar con Daniel. Mi decisión la tenía clara: esto se había acabado, y me parece que por su parte él pensaba lo mismo, con la única diferencia de que para él sería un alivio, y para mí un empujón más hacia el fondo de aquel agujero negro que ahora tenía por corazón.

Última parada. Al poner un pie en la calle sentí el frío rodearme y el olor a humedad impregnar mis pulmones, y al llegar a su casa creí hacerme pedazos, pero me armé de valor y llamé al timbre. La puerta se abrió y allí estaba él, tan deslumbrante como siempre, mientras que yo... en aquel estado daba pena. Me invitó a pasar y yo acepté, y ya en el salón nuestros ojos conectaron y no hizo falta aclarar nada, los dos sabíamos a qué había ido. Fue él el primero en hablar:

- Alba, sé que no me he portado bien contigo, y que no he sabido llevar bien la situación, pero ante todo quiero que sepas que sigues siendo importante para mí y...
- Respóndeme una cosa – le corté, no quería seguir escuchando más, ya había quedado claro que había sido un capullo. - ¿Cuándo dejaste de sentir algo por mí?
- Desde que conocí a Adriana, hace unos tres meses.
- ¿Llevas tres meses engañándome? – pregunté, dolida.
- ¡No! No... saliendo con ella solo llevo apenas un mes. Y si no corté contigo antes era porque no sabía cómo decírtelo y tampoco quería hacerte daño...
- ¿¡Que no querías hacerme daño?! ¿¡Lo dices en serio, Daniel!? – me estaba cansando, se estaba riendo en mi cara. - Pues créeme que me hubieras hecho menos daño que haberme tenido que enterar de esta forma tan violenta.
- Lo siento... Sé que no es justo para ti.
- No me digas que lo sientes, hazme el favor y no me mientas más. – El tono de voz se alzaba cada vez más, estaba perdiendo el control. - Si de verdad lo sintieras no lo hubieras hecho, ni siquiera hubieras sido capaz de mirarme a la cara en estas últimas semanas. No hubieras tenido el valor de hacer como si no pasara nada y ni mucho menos hubieras sido tan cobarde de seguir conmigo solo por pena. – las lágrimas se acumulaban, y mi voz se entrecortaba a cada frase. Él se mostraba avergonzado. Intenté tranquilizarme, esto iba a doler. – Adiós, Daniel. Espero que te vaya bien con Adriana, o al menos no la trates como me has tratado a mí. No hace falta decir que tú y yo hemos terminado.

Y me marché, dejándole solo en medio de aquel salón, con la mirada perdida y los pensamientos ausentes. Dos años de relación tirados a la basura en un par de días. Yo creía que en otoño, las hojas se caían de los árboles, la lluvia inundaba las calles y el frío llamaba a quedarte en casa. Pero lo que no sabía es que

también podía romper corazones, inundar el alma con sufrimiento y hacer que los recuerdos llamen a tu mente para acabar aislándote en un punto muerto. Necesitaba una esperanza, pero no estaba muy segura de acabar de encontrarla...

Viento y frío. Nubarrones. Ni siquiera sabía cómo llevar aquella situación, apenas hacía una hora que había hablado con Daniel y me sentía vacía, sin nada a lo que aferrarme. Mis pensamientos eran lo único que me hacían darme cuenta de que estaba viva: una parte de mí sabía que el terminar aquella relación había sido lo correcto, y la otra parte aún intentaba encontrar una explicación lógica a lo ocurrido, pero siempre llegaba a la misma conclusión: él había sido un completo idiota, y yo una estúpida ignorante. Las hojas caían y en aquel banquito de madera miraba a la gente pasar. Aquel parque constituía el lugar donde había pasado los mejores momentos de mi vida, y por desgracia también los peores. Suponía que la vida era así, llena de contrastes, de momentos que vienen y van, te llenan y te destrozan por completo, sin esperar si quiera a que reacciones. Experiencias inolvidables y experiencias fáciles de querer olvidar, que te alentan a seguir adelante, y a veces a quedarte atrás. Así de fácil y difícil era vivir... un día estás en lo más alto y al siguiente estás bajo tierra. Un día te sentirás lleno de energía y al otro no tendrás fuerzas para mantenerte en pie. Fría y cálida, bonita y fea, emocionante y aburrida, diferente y corriente, soberbia y humilde, tranquila y excitante, dulce y amarga... así era la vida, y así éramos nosotros, tan pequeños y tan grandes que a veces todo depende de cómo nos haga sentir otra persona... Un misterio fascinante. Los minutos pasaban, y mi corazón seguía intacto, aún colapsado por las cenizas de un fuego apagado por las lágrimas de una tormenta brutal. Tan abstraída estaba, que ni siquiera me di cuenta de que alguien se sentaba a mi lado. Reaccioné y me eché a un lado, le mire detenidamente: chico de unos veinte años, moreno, tez blanca, mirada perdida y movimientos algo torpes. Lo más característico, si no fuera por el mal tiempo, eran sus gafas de sol, y el bastón plegable sobre el que se sostenía y ahora guardaba en su bolsillo. Un Labrador blanco, rodeado por unas correas y un asidero, se tumbaba en el suelo a su lado, acompañándole. Saltaba a la vista: aquel chico era ciego. Seguí observándole y fue cuando me di cuenta de que uno de los cordones de las zapatillas los tenía desatados. Quise ayudarle:

- Perdona, pero antes de que te levantes y tropieces, deberías saber que tienes los cordones desatados.

Él ladeó ligeramente la cabeza hacia mi posición. Creo que no se había dado cuenta de que estaba allí. Luego, se inclinó hacia el pie derecho.

- Izquierdo. – le corté yo.

Resopló ligeramente y cambió de pie. Sus movimientos eran torpes, y apenas acertó a hacer una correcta lazada, me dio cierta lástima.

- Déjame ayudarte. – me agaché, le aparté las manos y le até la zapatilla. Mientras, él habló por primera vez.
- ¿Sabes? Creo que es la primera vez que una chica guapa me ata los cordones de las zapatillas. Quitando a mi madre, claro...

No pude evitar sonreír ante su ocurrencia. Ahora iba a resultar que ese chico tenía un especial sentido del humor.

- ¿Y cómo sabes que soy guapa? Ni siquiera puedes verme.
- Pero tienes una voz bonita, eso te hace guapa.
- Tú también tienes una voz bonita. Suena alegre, divertida y enérgica. Me gusta eso. – Sonrió, y me pareció que su sonrisa también era bonita.
- La tuya también suena así... Aunque algo más apagada. ¿Quizás alguna preocupación?

La sonrisa que tenía hasta hace unos momentos se deshizo, y entonces recordé lo pasado en los últimos días. La piedra que llevaba en el pecho se hizo más notable, y el nudo de la garganta creció.

Silencio.
Categoría D.

- Bueno... Quizás es que haya descubierto que mi novio me engañaba con otra y acabe de cortar él. – dije, con la voz angustiada. Él por su parte, también dejó de sonreír y pude ver muestras de preocupación. Frunció el ceño.
- Lo siento... - Y me cogió la mano, transmitiéndome calidez y apoyo. Me pareció un gesto emocionante. – Si amas a alguien, no deberías herirle. Nunca.
- Lo sé... - apenas me salían las palabras. No sabía por qué, pero de repente había empezado a sentir una fuerte tranquilidad en mi interior. Aquella situación me pareció fascinante.

Me soltó las manos y sentí el frío rodearme de nuevo. Aún seguía emocionada, ¿qué había sido eso? Pasaron varios minutos hasta que volvió a hablar.

- ¿Cómo está el cielo hoy?
- Apagado, oscuro, gris...
- ¿Qué sentimientos te transmite? – habló casi en un susurro.
- Tristeza, dolor, inquietud, pesar, desconsuelo... - hablaba despacio, observando detenidamente los grandes nubarrones. Él chico tardó en hablar. Parecía interiorizar cada una de las palabras que yo le decía.
- Es una pregunta que hago frecuentemente, no te asombres. Me gusta saber el color del cielo cada día. La última imagen que recuerdo es la de un cielo completamente despejado, con un azul intenso, infundiéndome alegría, tranquilidad, energía, carisma y buen humor. Juro que era precioso. – Hizo una pausa. – Luego me desperté aterrorizado en la cama de un hospital sin visión alguna.
- Así que, ¿no eres... ciego de nacimiento? – sus palabras me habían sorprendido de una manera sobrecogedora, eso sí que no me lo esperaba.
- No, no lo soy. A los catorce años tuve un accidente y desde entonces bueno... ya sabes.
- Entiendo...

Silencio. Vacío. Pausa. Segundos que se me hicieron interminables y un tanto incómodos. Lo último que quería es que se acabara aquella conversación. Aquel chico me había llamado la atención, me había divertido y hecho sonreír. Por suerte, volvió a hablar.

- ¿Sabes una cosa? Las personas somos egoístas. Siempre lo somos. Nada nos parece suficiente y siempre queremos más. Incluso cuando lo tienes todo a tu alcance, te sientes miserable, porque tendemos a restar importancia a lo verdadero y dársela a lo que no la tiene. Y ¿sabes?, yo me he dado cuenta de eso, pero antes me ha tenido que pasar lo del accidente y quedarme ciego. Increíble, ¿verdad? Solía ser un chico rebelde, que no se conformaba con nada y se quejaba por todo. La gente de mi alrededor me hacía sentir molesto e incluso decía odiarlos. Cuando tuve el accidente, me sentía aterrorizado y molesto conmigo mismo, en cierta manera me odiaba, porque para mí era inconcebible encontrarme en este estado. Pero con el tiempo tuve que aprender a llevar la situación. Era lo que me había tocado vivir y no podía dejar que aquello me controlara. Fue cuando entonces empecé a apreciar las cosas de mi alrededor, y pude darme cuenta de cómo hasta lo más simple podía hacerme un poco más feliz cada día. Como una caricia... o el sonido de una risa. Aunque no lo creas, son cosas así las que nos hacen grande, sin darnos apenas cuenta. Incluso lo más sencillo, como una sonrisa. Puede que una sonrisa cualquiera no nos haga feliz, pero si es de alguien a quien queremos y apreciamos de verdad, puede llenarnos por completo, y no lo apreciamos, y es triste. Y no sabes lo que yo daría por volver a ver la sonrisa de mucha gente a la que quiero...

A cada frase, la emoción de su voz iba creciendo, pero en la última... se apagó. A mí me emocionaban sus palabras, tenía razón. Éramos egoístas, y yo en ese momento me sentía así, porque había estado llorando por alguien que no me había respetado, mientras que hay gente a mi alrededor que merece más la pena. Aquel chico de al lado era un ejemplo.

- Es gracioso: cuando veía, estaba ciego, y ahora que estoy ciego, es cuando veo las cosas realmente. ¿No te parece una ironía?

- Pero es una ironía bonita. – Y sonreí, como hace mucho que no sonreía: verdadera e intensamente. Fue increíble. - No me has dicho tu nombre.
- Isaac.
- Alba. – me presenté. Hice una pequeña pausa. - ¿Volveré a verte?
- Cuenta con ello.

Y en ese momento miré al cielo: el viento empujaba las nubes dejando paso a un cielo azul. El sol comenzaba a brillar.

Abril. Luz y color. Entusiasmo. Me moría de ganas de verle, abrazarle y disfrutar de esa sonrisa y esas palabras que tanto me gustaban. Estaba feliz y por mis venas corría el entusiasmo. De camino al sitio de siempre, aquel parque, aquel banco donde nos conocimos por primera vez. Le vi a lo lejos: Isaac... hacía cinco meses que le había conocido y no había dejado de sorprenderme día a día. Era fascinante cómo un chico como aquel podía llegar a hacerte ver las cosas desde una perspectiva totalmente distinta. Digamos que me hacía sentir viva. Aceleré el paso y llegué hasta él, le saludé, y como tantas otras veces nos enzarzamos en una larga conversación de cosas relevantes, y no tan relevantes. Reímos, disfrutamos, y sonreímos como nunca lo habíamos hecho. Tenía la sensación de que ese día iba a ser especial.

- ¿Cómo está el cielo hoy? – sonreí aún más. Aquella pregunta me la había hecho todos los días, no fallaba.
- Brillante, azul intenso, despejado, acompañado de un sol espléndido.
- ¿Qué sentimientos te transmite?
- Alegría, emoción, ánimo, energía, paz, calidez, buen humor...
- Eso es muy diferente a lo que dijiste por primera vez. – Señaló.
- Yo misma soy diferente a la primera vez. Tú me has cambiado.

Isaac sonrió, y juro que me encantó esa sonrisa. Y entonces pasó algo que nunca en todo este tiempo creí que pasaría. Algo creció dentro de mí: un sentimiento de pasión y de emoción me quemaba el corazón. Le besé. Y él me besó. Y los dos entrelazamos nuestras manos. Y fue precioso. Porque hasta ahora nadie me había hecho sentir así. Nadie me había dado ese poder de ver más allá de mis sentidos. Me di cuenta de que era él a quien necesitaba. Nadie más. Y me pareció increíble la sensación de cómo dos historias totalmente diferentes pueden llegar a fundirse en un mismo punto, incluso cuando crees que nadie puede volver a hacerte sentir de esa manera, incluso cuando hay un momento en el que no tienes la esperanza de que alguien barra las cenizas de tu corazón y prenda un fuego distinto. Dicen que cuando te enamoras, el tiempo se detiene, y que por alguna extraña razón, sientes crecer una gran ilusión en el pecho, justo donde se encuentra tu corazón, que acabará llenándote y hacerte sentir vivo. Te preguntarás si es lo correcto, pero nunca llegarás a una respuesta clara, porque te da igual y en ese instante todo es suficiente para ti. Por un momento, querrás anclarte en el presente y disfrutar al máximo de todas y cada una de las sensaciones que te brinda el momento, y la exaltación te envuelve, te despierta los sentimientos y te apaga la razón. No sabes qué es lo que pasa, ni mucho menos explicar cómo ha pasado. Lo que antes te parecía pequeño, ahora es lo suficientemente grande, porque ya nada es igual. Tus planes y tus metas han cambiado, han tomado forma, y tus ojos han aprendido a ver más allá del sufrimiento. Y sobre todo, adoras sentirte así, porque a todo el mundo le gusta sentirse amado, protegido, escuchado y apreciado por la persona que es ahora el centro de tu universo. Todo el mundo quiere estar bien, siempre así de bien.